

Lamet: «Quién iba a decir que doscientos años después habría un Papa jesuita»

El sacerdote denuncia que la historia ha olvidado la expulsión de 5.400 miembros de la Compañía de Jesús y la disolución de la orden

Marta PÉREZ

«Usted debería llamarse Clemente XV para vengarse de Clemente XIV». Se lo dijo un cardenal en Roma a Francisco, el primer papa jesuita de la historia, en referencia al pontífice que promulgó la disolución de la Compañía de Jesús. Otro jesuita, el padre Pedro Miguel Lamet, concluyó ayer en Oviedo con esta anécdota una conferencia histórica sobre los hechos que rodearon la expulsión de los jesuitas. Y es que, a pesar de que la Compañía fundada por el español San Ignacio de Loyola en 1540 está en alza, con la llegada de Francisco al Vaticano, la suerte no siempre estuvo de su lado. Todo lo contrario. Durante más de cuarenta años y hasta su restauración en 1814, los jesuitas malvivieron en el olvido. «Quién nos iba a decir que doscientos años después saldría un Papa jesuita», ironizó Lamet.

Jesuitas de todo el mundo han programado una serie de actos para conmemorar los dos siglos de la restauración de la Compañía de Jesús. La conferencia del padre Lamet, en el Club Prensa Asturiana de LA NUEVA ESPAÑA, fue el primero de los actos organizados en Asturias. Si ayer se analizaron los hechos que propiciaron la supresión, mañana el jesuita Alfredo Verdoy habla-



MIKI LÓPEZ

Por la izquierda, Luis Ordóñez, Pedro Miguel Lamet, Martín Vicente y José María Cabezedo.

rá de la restauración de la compañía, a las siete y media, en el Auditorio Príncipe Felipe. Arrojaron a Pedro Miguel Lamet en el acto el director del Colegio San Ignacio de Oviedo

Luis Ordóñez, el padre Martín Vicente y José María Cabezedo, coordinador de la Red Ignaciana de Asturias.

Para Lamet —que se centró sobre

todo en la expulsión de los 5.400 jesuitas españoles— fueron varios los hechos que influyeron en la decisión del monarca Carlos III. Pero sobre todo, fue su poder lo que los conde-

nó. «Los jesuitas llegaron a tener tal importancia que eran un problema. Por ejemplo, los únicos matemáticos que había en España eran ellos», explicó. Otro lastre fue su teoría del tiranicidio. «Defendían que era lícito matar a un rey si era un tirano. De ahí, se comenzó a extender la teoría de que los jesuitas querían matar al rey», indicó el padre Lamet. Aunque el conferenciante se centró ayer en los acontecimientos históricos, él es autor de un libro, «El último jesuita», que novela estos acontecimientos.

Uno por uno, Lamet fue describiendo a los personajes que de alguna manera influyeron en la decisión de Carlos III, desde su confesor Fray Alpagatilla —Joaquín de Eleta— hasta el conde de Floridablanca, a quien calificó como «el verdadero autor de la supresión de la compañía». Al final, el monarca dictó la orden de expulsión sin esgrimir razones: «Jamás se atrevió a dar una razón, quizás por miedo», dijo.

Sin embargo, de todo aquello, una de las cosas que más molesta a los jesuitas reunidos ayer en el Club es que la historia lo haya olvidado. «No fue una expulsión como la de los judíos o la de los moriscos, pero ha sido prácticamente ignorada por la historia», manifestó. Al hilo de esta reflexión, Martín Vicente expuso: «No tendríamos perdón de Dios si dejáramos pasar esta fecha. Se lo debemos a todos aquellos jesuitas que fueron capaces de emerger la compañía. Tenemos que ser agradecidos y no dejar que pase desapercibido». Por su parte, José María Cabezedo describió la obra de documentación del padre Pedro Miguel Lamet como un homenaje «a la tragedia humana por el real ánimo del cobarde Carlos III».

El periodista y escritor jesuita repite hoy en la Escuela de Hostelería de Gijón

J. M.

El jesuita, periodista y escritor Pedro Miguel Lamet dictará esta tarde la conferencia «Supresión de la Compañía en España (1767): Un drama de novela», con motivo de las celebraciones de los Jesuitas con motivo del bicentenario de la restauración (1814) de la Orden fundada por San Ignacio de Loyola, que había desaparecido tras la extinción decretada por el Papa Clemente XIV en 1773. La conferencia se celebra en el salón de actos de la Escuela de Hostelería (Paseo de Begoña), a las 19:30 horas.

Oviedo y Gijón se reparten esta semana las actividades programadas por la Compañía de Jesús en Asturias con motivo del bicentenario. El historiador jesuita Alfredo Verdoy hablará mañana, miércoles 19, en Oviedo de la «Restauración de la Compañía (1814)». Será en la Sala de Cámara del Auditorio Príncipe Felipe, a las 19:30 horas. La conferencia se repetirá en Gijón el jueves, también en el salón de actos de la Escuela de Hostelería y a la misma hora.

Una tragedia histórica

■ Los hechos que desembocaron en la persecución de la orden ignaciana

Pedro Miguel Lamet

Nada más ser elegido el papa Francisco, un cardenal se dirigió a él y le dijo: «¿Ha pensado qué nombre ponerse? ¡Debería llamarse Clemente XVI!. Para vengarse del que los suprimió». Bergoglio rió. No dejaba de ser histórico que 200 años después ascendiera un jesuita al solio pontificio.

El siglo XVIII europeo estuvo marcado por el Despotismo Ilustrado. A través del regalismo, los borbones querían controlar el poder de la Iglesia, principalmente la Compañía de Jesús, por su cuarto voto de obediencia al Papa. Entonces los jesuitas se encontraban en el cenit de su influjo en la sociedad. Habían sido confesores de reyes, controlaban el mundo de la educación y las misiones americanas, mientras el gobierno había estado en manos de nobles hasta el momento, formados por jesuitas. Precedentes habían sido las expulsiones de Portugal (1759) y Francia (1762).

En España, con la irrupción en la política de ministros «manteistas» (no nobles que habían accedido a la educación), se estableció una persecución vengativa contra

la Compañía y sus amigos. A ello contribuyó sin duda una serie de temas teológicos (jansenismo, doctrina del probabilismo, etc), y una serie de calumnias, como que los jesuitas habían instigado el famoso Motín de Esquilache; que tenían un imperio en América, cuyo rey sería un tal Nicolás I con un ejército de esclavos dispuesto a invadir Europa; o el miedo feroz de Carlos III, que huyó del Motín hasta Aranjuez y al que habían calentado las orejas sus ministros.

La detención en los colegios y residencias españolas el 2 de abril de 1778, mediante cerco simultáneo en toda España y a punta de bayoneta, fue vergonzosa. Llevada en absoluto secreto, no encontró la menor resistencia. Humildemente y en carromato, con su breviario y poco más, fueron trasladados a los puertos donde se había preparado toda una complicada logística de barcos de guerra y otras embarcaciones. El viaje fue muy penoso. Hacinaados en bodegas, comidos de insectos, mareados, sufrieron lo indecible. Los que más, los novicios, presionados incluso bajo amenaza de pecado mortal.

La Iglesia española se alineó, por intereses, con el rey; y la Iglesia de Roma fue en la práctica «comprada» y duramente presionada hasta la supresión. Aunque Clemente XIII los había defendi-

La detención en los colegios y residencias el 2 de abril de 1778, en toda España y a golpe de bayoneta, fue vergonzosa

do, a la hora de la verdad no los aceptó cuando el rey se los envió desterrados para siempre a los Estados Pontificios. Entre españoles, americanos y filipinos sumaban unos 5.000 hombres. Se dijo que el Papa no los quiso aceptar porque esperaba que Carlos III se arrepintiera. Pero el resultado fue un terrible año de penurias en Córcega, que sufría entonces la guerra entre corsos, genoveses y franceses.

El caso de su sucesor, Clemente XIV, fue aún más cruel, ya que había sido elegido con el compromiso verbal de extinguir la orden. Este débil fraile franciscano, cuando obtuvo la tiara dio largas al asunto, atenzado por el miedo y por la responsabilidad. Las intrigas de las cortes borbónicas desembocaron en la supresión de 1773.

En este proceso fue decisivo el papel del embajador de España, José Moñino, recompensado lue-

go con el título de conde de Floridablanca, que compró con prebendas al confesor, otros prelados y amigos del pontífice. Su acoso psicológico al Papa, tal como aparece en su abundante correspondencia con Madrid, acabó destrozando la salud de Clemente XIV, que concluyó firmando el breve Dominus ac redemptor, que suprimió en toda la Iglesia la Compañía de Jesús. La tesis de que murió envenenado por los jesuitas es tan falsa que hasta sus peores enemigos sostuvieron que en realidad sucumbió a un autoenvenenamiento mental.

No toda la Iglesia aceptó igualmente esta decisión. Las consecuencias para la enseñanza y la cultura fueron funestas. Y en Iberoamérica las manifestaciones de dolor por parte del pueblo muy frecuentes. Sólo el veinte por ciento de los jesuitas expulsados abandonó la Compañía. Algunos en medio de esas tragedias lograron alcanzar la santidad como fue José Pignatelli. Otros muchos, aún después de extinguida la orden, contribuyeron al florecimiento de la cultura en Italia y otras partes del mundo. Preservada en Polonia y la Rusia Blanca, la Compañía de Jesús fue restaurada cuarenta años después por Pío VII en 1814. Una tragedia humana apasionante y poco conocida.